



THE BOSS

Coger al toro por los cuernos puede tener varios significados o varias interpretaciones, según sea el contexto donde se pronuncie esa frase. En este caso habría que aplicarlo a las bibliotecas, a cómo lidiar no con un toro sino con un jefe, de variadas razas y ganaderías...

Queridos compañeros del metal, del vil metal, voy a pasar del sueño, del mal sueño del otro día, del que aún no doy crédito y no discierno realidad de fantasía, a una pesadilla.

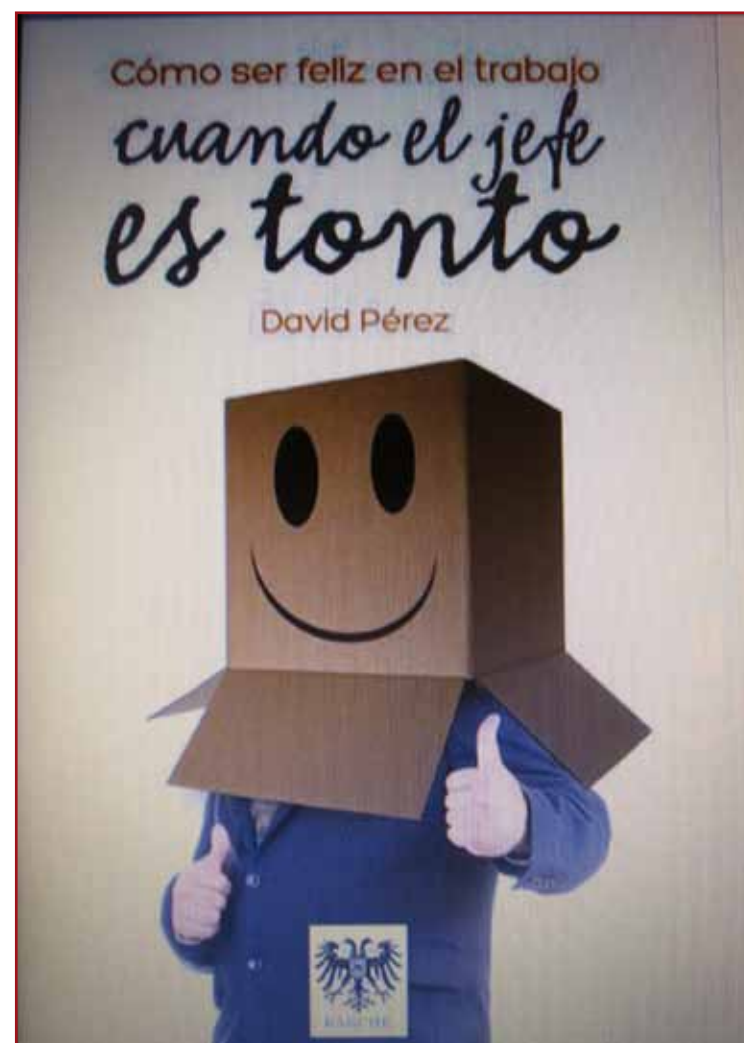
Me imploráis, por peticiones del oyente (del lector, en este caso), que me adentre en cuestiones de mayor fuste (y de mayor riesgo, añadiría yo también). Me pedís, sin perifrasis ni circunloquios, sin vergüenza y sin apiadaros de mí, que hable del monstruo, es decir, de “the boss”, del jefe, del líder de la manada, del macho alfa... ya sea, él o ella, cargo político o técnico. ¡Qué mal me queréis, amigos! Y qué vivos sois. Conozco a muy pocos trabajadores que hablen bien de su jefe. Pero a muchos menos que se atrevan a dar un paso al frente y digan “esta boca es mía”. Eso sí, entre mostradores todo el mundo habla. Mucho y mal. ¿Y qué pasa, que no hay otra cabeza de turco? Vamos a dejar caer el guante a ver si esta bocachancla desata su lengua viperina y nos da carnaza. Pues, nada, no se hable más. Como “I’m easy”, en contra de lo que creen mis jefes, sus peticiones serán órdenes para mí. Ahora, eso sí, que caiga sobre sus conciencias que si mi puesto pende siempre de un hilo, tanto por la inestabilidad de mi contrato, como porque soy una bocas, ahora, en adentrándome en este jardín, serán ustedes los responsables únicos cuando vean mi cabeza rodar o colgada de una sogá. ¡Hala, venga! Olvídate por hoy de tu “puerco”, de lo gordona y viejuna que estás, de tu club de fans, es decir, de tus usuarios fanáticos y de la obsesión que tienes con ellos, de tus paranoias y demás lindezas, y demuestra que eres la bibliobailarina más colega y chupi-guay del universo bibliotecario.

Me tiro a la piscina, sin agua y con todo el equipo. Y con la nariz tapada que, aunque no hay agua, este tema huele mal seguro. O no, ¡paso de la pisci!, porque aunque el golpe es seco y menos sucio, se me va a ver la celulitis (y eso nunca: antes muerta que sencilla). Mejor me meto en el jardín, con botas de enterrador, de esas que van de la punta del dedo gordo del pie a la ingle, y me sumerjo en estas tierras movedizas, con el fango hasta el cuello. Y ya que voy a morir en servicio de guerra, al menos, que Dios me coja confesada: ¡Ave María, purísima!

La verdad es que yo no soy nadie para sentar cátedra a este respecto. Porque ni me avala formación académica ni trayectoria profesional. Ya sabéis, yo lo único que tengo de jefe es mi sillón de director y mis calcetines de ejecutivo. Ahora, eso sí, llevo muchos años viendo los toros desde la barrera y, si no tengo publicaciones ni teorías al respecto, sí sé distinguir perfectamente un morlaco de un toro de rodeo. Vamos allá con una primera verónica, que ya habrá tiempo para poner banderillas, dar alguna estocada y hasta algún golpe de muerte, no en el sentido literal de la palabra –libreme Dios– sino porque seguro que más de un jefe se sienta identificado y, tras bufar, acabe de morros contra el albero. ¿Os imagináis? Con todo el tendido vitoreando y sonando, entre aplausos, el pasodoble ese de “Marcial, tú eres el más grande”. Sí, grande. Pero Dios le tenga en su gloria. Tanta paz lleves como descanso dejas.

Y hablo de toros no porque me gusten precisamente, sino porque mi primera experiencia al respecto del tema “boss” se remonta a cuando aprobé la oposición: yo era la única bibliotecaria del pueblo y me tocaba lidiar con la clase política. Nunca olvidaré aquel momento en que la concejal de turno me llamó a su despacho y dándome la mano, la enhorabuena y las llaves de la biblioteca, pronunció aquello de “¡Susana, coge el toro por los cuernos!”. ¡Quién me iba a decir, en aquel entonces, cándida de mí, que aquella frase, mucho más tarde, cobraría sentido! Pues no he tenido yo que torear, en sentido figurado, ni me he llevado estocadas. Menos mal que las heridas han sido en el alma (que no llevo más que tiritas pa este corazón partío, como diría aquel) porque si no estaría hecha un cromo, con tanto “cosío” (de coser y de Cossío –¿bueno, eh?).

Pues bien, de aquella jefa poco más supe. No me dictó órdenes ni directrices, nunca visitó la biblioteca. Pero, eso sí, siempre estuvo accesible y favorable a mis demandas, me consta que se leía los informes que yo le enviaba de *motu proprio* y valoraba mi labor. Es lo que yo llamo un “jefe Vernel”, “jefe suave”, blando y paternalista. Está bien, pero habría mucho que mejorar.



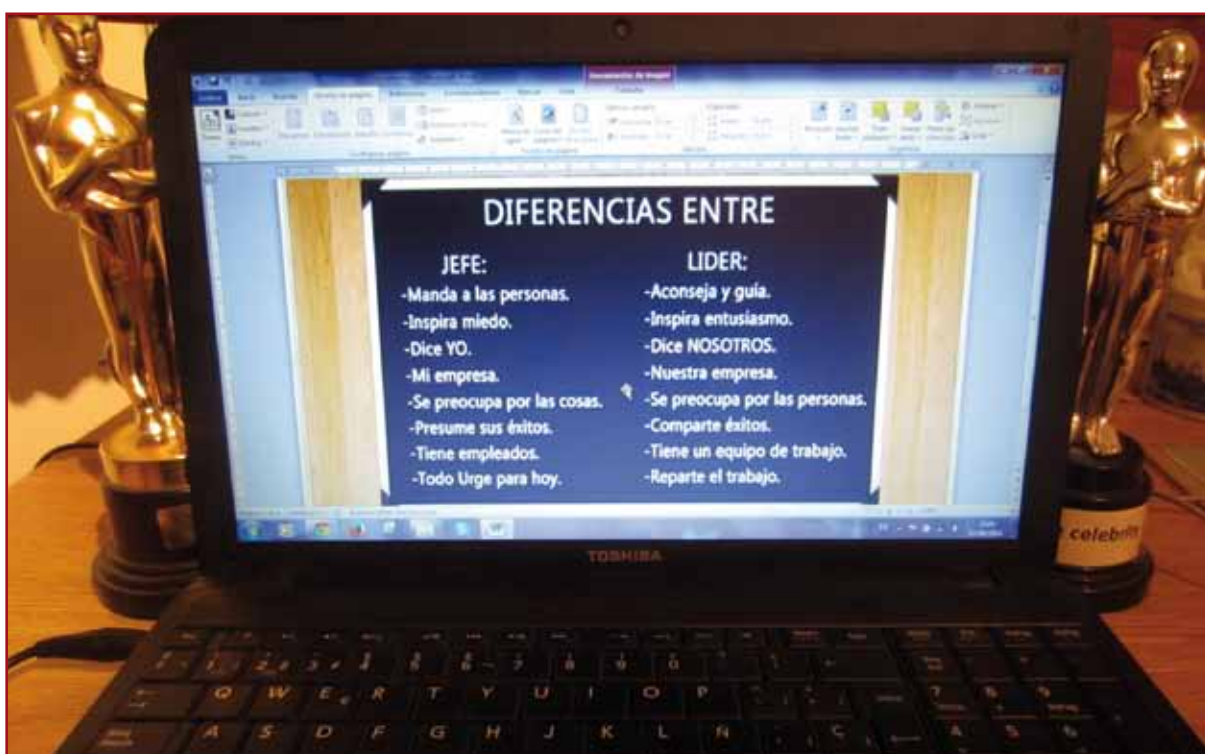
Una vez que la suave finalizó su candidatura, comenzó, cada día con más fuerza, a tomar forma aquella frase que se me quedó grabada a fuego en mis entrañas. Supe de la existencia de mi nueva jefa cuando un día, mis compañeros del departamento contiguo, me dijeron que la nueva concejala les había solicitado la copia de la llave para poder acceder a la biblioteca durante mi horario de descanso para comer. ¡Dios mío, aún siento un pellizco en el corazón cuando lo recuerdo! Pero ¿qué es eso, por muy concejal que se sea, de acceder a mi lugar de trabajo y en mi ausencia? ¿Qué falta de respeto! Yo me hubiera dirigido a la persona encargada, bien personal o telefónicamente, para presentarme, interesarme por la situación y concertar una cita. Pero, claro, para eso hay que tener educación y sensibilidad. Y no ir de líder. Pero como de lo que se trataba era de levantar la patita para marcar territorio, es decir, dejar claro quién era la autoridad ahora... Sobre mi mesa había dejado una tarjeta. Ni siquiera había escrito “un cordial saludo” o un “atentamente”. Un garabato sobre su nombre y su recién estrenado cargo de concejal dejaban vislumbrar una nueva, inolvidable y horrible etapa en mi carrera profesional. Me encontraba ante el “jefe controlador” o “jefe pesadilla”, autoritario, dictatorial y sabelotodo. Claro que, cada vez que había que hacer un informe, solicitar una subvención o publicar un artículo, allí estaba yo, a la sombra y haciendo horas “by the face”. Y ella firmando y posando para la foto, con su cabellera de reciente peluquería, su manicura francesa y su falsa sonrisa. Hasta que un día, no sé si fruto de mi juventud, inexperiencia, injusticia, desesperación o, incluso, torpeza, le canté las cuarenta. Ese día firmé mi propia sentencia de muerte. Ella aprendió la lección

y yo tampoco la olvidaré: cuando uno, con razón o sin ella, escupe al jefe, siempre cae hacia abajo.

Desde entonces y hasta hoy –no voy a dar detalle de mi desgracia profesional– he tenido muchos y variados jefes. Y, ya fueran cargos técnicos o políticos, en cualquiera de las dos clases, me he encontrado

Nunca olvidaré aquel momento en que la concejal de turno me llamó a su despacho y dándome la mano, la enhorabuena y las llaves de la biblioteca, pronunció aquello de “¡Susana, coge el toro por los cuernos!”.

con jefes buenos, malos y regulares. Profesionales, incompetentes o mejorables. Y en vez de perder el tiempo y la energía, discutiendo o llevándoles la contraria, me he dedicado a observarles, como si de animalitos se tratara, a impregnarme de lo bueno, a alejarme de lo malo y a sacar mis propias conclusiones. Y tú, compañero, ¿conoces bien a tu jefe? Si quieres saber a qué especie corresponde, para catalogarlo y clasificarlo, como buen bibliotecario, y po-



der actuar en consecuencia, responde sinceramente a las siguientes cuestiones:

¿Tienes un jefe que, cada vez que hay que responder, tomar una decisión o resolver un problema, no se pronuncia? No pierdas el tiempo haciéndole la “rosca”, estás ante el “jefe pasa palabra”. ¿Las cuestiones profesionales, en vez de traerle de cabeza, le traen por saco? Entonces se trata de un “jefe pasota”. ¿Intenta el tuyo pasar desapercibido?, ¿hace votos de silencio, camina descalzo o de puntillas, se encierra en el despacho, a oscuras, y sólo se ausenta de él para hacer pis y pos? Ese es el “jefe monje de clausura” o “jefe fantasma”. ¿Trata, por el contrario, de llamar la atención a toda

Frente a estos jefes, gerentes, gestores o directores incompetentes, inexpertos, inseguros, insensatos y demás “ines”, existe otra clase, más fuerte, menos denostada pero también cuestionada.

costa, ya sea perfumándose, vistiendo o caminando como si por una alfombra roja pisara? ¿Está dispuesto a saludar, dar besos, firmar autógrafos y salir en cualquier foto? Esa, sin duda, sería yo (y a mucha honra): el “jefe celebrity”. ¿En vez de modelar, o además de, se dedica a cantar? Estamos ante una “Pantoja frustrada” o ante un “singing morning” o, lo que es lo mismo, el jefe cantamañanas. También llamado “mascachapas” o “esperagres”. ¿Lo que canta no son canciones sino chismes, ya sean profesionales o no? Entonces se trata del “jefe bocachancla” o “jefe ventilador”. Aquel que airea, sin pudor, cualquier trapo sucio. Pero ¿y si lo que le cantan son los pies, las alitas o el pozo? ¡Ay, compañero, tu jefe es un “cerdo”, cuando menos, en el sentido estricto de la palabra! ¿Delega todo en ti, se dedica a vivir la vida y se aprovecha del trabajo ajeno? Lo siento, estás ante uno de los mayores depredadores del mundo laboral: el “capitán vampiro”. ¿Es, para la masa, un jefe modélico pero a ti te ningunea? Ahí

tienes al “encantador de serpientes” ¿Para tu jefe no existe la gama de los grises? ¿Y pasa del blanco al negro, del norte al sur, a su antojo? ¡Cuidado! Estás ante el bifronte o bipolar “Dr. Jekyll y Mr. Hyde”. ¿Tu superior trata de ganarse tu respeto no dando ejemplo sino recordándote quién manda ahí? Llámalo “inseguro”. ¿Es de los que aplica la norma al pie de la letra? Entonces estamos ante el “24/7” y no porque, precisamente, trabaje 24 horas 7 días a la semana sino porque hace lo justo y necesario según marcan los cánones o el convenio laboral, ni más ni menos.

Ahora bien, frente a estos jefes, gerentes, gestores o directores incompetentes, inexpertos, inseguros, insensatos y demás “ines”, existe otra clase, más fuerte, menos denostada pero también cuestionada. Véase si no al “jefe tradicional” o de la vieja escuela, el que marca las distancias, te trata de usted, al que no le falta la corbata ni los papeles, pero tiene alergia a la comunicación, crear equipos y a las nuevas tecnologías. Claro que también puedes dar con un “sinfa-sinna” (sin familia-sin nada). Aquel solitario de la vida o soltera empedernida, normalmente persona gris, fea, deprimida y amargada cuyo único hobby es trabajar y sólo trabajar. Y como yo, todos. Primo-hermano de éste es el “workaholic”, que no trabaja para vivir sino que vive para trabajar. Y trata de arrastrar a todos los de su alrededor hacia su adicción. En fin, podríamos seguir hablando y no acabar: ¿quién no ha recibido órdenes de un histriónico, un orgulloso, un celoso, un perro de presa, etc., etc.? Pero he aquí la pregunta del millón: ¿alguien sabe del paradero de ese “perfect boss” que, aunque sabelotodo no es el repelente niño Vicente, sino un maestro brillante, polivalente, amable y humano, un coach o entrenador que trabaja contigo, te instruye, motiva y corrige constructivamente, incluso con sentido del humor, para sacar lo mejor de uno como trabajador y, además, sabe agradecer el esfuerzo y los logros alcanzados... y se gana el respeto con su propio ejemplo? Todo eso sin detenernos en exigencias del tipo “¿qué guap@ es y qué bien huele!

Por favor, si alguien tiene la suerte de conocer a esta especie en vías de extinción, que contacte con la redacción de la revista. Se gratificará (con reportaje fotográfico a todo color). ▀